

En armonía con la naturaleza

Francisco José García Lozano

cine

El joven G. Luckács en una de sus primeras obras en torno a la novela gustaba caracterizar al espíritu romántico por su inadecuación a la realidad, «un alma que es más ancha y más vasta que todos los destinos que la vida puede ofrecerle». La cinta que nos ocupa, no es más que eso: una melancólica fábula sobre la dificultad de conjugar el instinto creativo con la vida, la razón y la pasión/locura del genio, la rutina y la creatividad, las circunstancias personales con la coyuntura histórica... De todo esto nos habla «Séraphine», de Martin Provost en su tercer largometraje, tras «Tortilla y cinema» (1997) y «El vientre de Juliette» (2003).

La historia nos sitúa en el año 1912 en Senlis, Francia, mostrándonos a un personaje un tanto fuera de lo común llamado Séraphine (Yolande Moreau), una mujer creyente de mediana edad y sin familia, que no habiendo podido ingresar como monja en el pequeño convento de Senlis por carecer de la dote necesaria, hace de todo lo que puede, limpiando casas, lavando sábanas y hasta alguna vez ayudando en una carnicería para conseguir el suficiente dinero para sobrevivir y poder pagar el barniz que utiliza para conseguir su secreto mejor guardado: sus pinturas.

Quizás no hubiera pasado de ser la afición de una excéntrica enamorada de la naturaleza, si no fuera por-

que el destino quiso que el influente coleccionista de arte Wilhem Uhde (Ulrich Tukur) recalara en la localidad en 1912. El marchante, que ya había descubierto a Picasso, George Braque y Henri Rousseau, no podía imaginar que la criada que le limpiaba los suelos y le preparaba el té fuera otra de los artistas fundamentales que él llamó «primitivos modernos». Basada en hechos reales, Martin Provost, nos presenta la fascinante vida de la pintora Séraphine Louis, más conocida como Séraphine de Senlis (1864-1942), una de las principales precursoras del arte naïf.

Las películas sobre genios, artistas o talentos escondidos por sus deficiencias físicas o psicológicas, y a descubrir por algún cazatalentos perspicaz, constituyen no sólo un subgénero propio, como *El indomable Will Hunting* o la oscarizada *Una mente maravillosa*, entre los ejemplos de los últimos años, sino también un buen filón con el que intentar tocar la fibra más sensible del espectador. Sin embargo, en nuestro caso Provost apuesta por una puesta en escena intimista y nada sensiblera, donde la fotografía y la música encuentran en la soberbia interpretación de Yolande Moreau el contrapunto perfecto para transmitir un estado de espíritu, lo naïf (ingenuo), que no sólo define una actitud pictórica, sino un modo diferente de enfrentarse a la vida. La

película apunta a la creación de ese «estado estético», de un estetizar la existencia tal cual apuntaba Schiller en sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*, frente a la fragmentación y la pérdida de la inocencia del ser humano.

En este sentido, el filme de Provost bucea en un espíritu único en una época, la de las vanguardias, en el que la subjetividad del artista cobra más importancia que la misma realidad. Marcada por el espíritu clasista de la época y una prepotente burguesía de provincias, Séraphine se encuentra ausente de la comunidad real que le rodea, como un mal menor necesario, adaptándose al ostracismo practicado por la colectividad haciendo de la necesidad una virtud. El caminar descalza de la protagonista es un signo de su ruptura social y su armonía con la naturaleza.

En línea con lo anterior, el film realiza una caracterización perfecta de lo que es la introversión en aras de lo artístico, tal como lo describió Jung en su obra *Tipos psicológicos* (1945). Séraphine entra perfectamente dentro de esa criteriología mostrándose siempre callada, huidiza, tímida, hipersensible, detallista (véase su facilidad para pintar flores en sus más mínimos detalles), su gusto por el silencio, la soledad, el intimismo, el distanciamiento...

La relación entre Wilhem y Séraphine contiene diversas connotaciones. Bajo el mutuo afecto que encuentran el uno en el otro podemos divisar una estrecha línea que separa la riqueza de la pobreza, la cordura de la locura. Esto se resalta aún más teniendo en cuenta que el personaje principal no es una simple artista, sino una verdadera visionaria: alguien convencida de que el arte es un don divino (Séraphine refiere cómo fue su ángel de la guarda quien le pidió que empezase a pintar). En concreto, Séraphine pinta cantando y rezando lo que ha aprendido en su estancia en el convento. Así, durante uno de sus momentos de creación, Séraphine pinta mientras canta el *Veni creator*. Esta profunda religiosidad choca con el agnosticismo de Wilhem, homosexual y distante de la religión católica. Ese don propio de los genios, será también el que la lleve a su perdición.

Tras esa faceta artística el film nos muestra cómo también tras la genialidad se esconde un desafortunado cuadro psicológico lo suficientemente alterado como para además de ser una «visionaria» de la pintura «ver» y «escuchar» a los ángeles, factor que a la postre será su perdición. Ciertamente, el artista es un ser descompensado psicológicamente, con una jerarquía de necesidades muy distinta al resto

de sus congéneres. El fuerte instinto creador de Séraphine se proyecta en la obra a partir de la confluencia de su extraño mundo interior y los estímulos provenientes de la naturaleza. El desencantamiento weberiano puesto en cuestión bajo la óptica del reencanta-

de esta manera, de manera paulatina y sin estridencias, con un tono comedido y casi imperceptible asistimos al deslumbramiento y caída de la genialidad artística de una mujer desubicada en el mundo; una película para la delectación que gustará a todos aquellos amantes del cine artístico que quieran indagar en la delgada línea que separa la genialidad de la locura

miento del mundo a través de la pintura de una visionaria.

El otro gran protagonista del film es la naturaleza, primer y central elemento de inspiración de la pintura de Séraphine. En el primer fotograma que abre la película su

mano siente cómo el agua corre bajo su palma, agarra piedras, selecciona algas, abraza árboles... su simbiosis con la naturaleza es total y sus futuras obras no son sino el resultado físico de un minucioso proceso de selección y comunión con la naturaleza. «La naturaleza es el espíritu visible, el espíritu es la naturaleza invisible», escribió Schelling. Estas pocas palabras explican el proceso creador de Séraphine y la íntima relación que se establece entre naturaleza y espíritu: el espíritu se revela a través de la naturaleza, y la naturaleza se oculta en la silenciosa cripta del espíritu. Sus tupidas composiciones florales muestran algo intangible e inquietante, un movimiento latente que recorre el espíritu de la naturaleza.

Tal como refleja el film, la crisis del 29 truncó la carrera de Uhde, pero ya para entonces las visiones de Séraphine sobre la Virgen, los delirios de grandeza y el golpe que le supuso volver a las privaciones, la sumieron en la locura. Séraphine fue ingresada en un psiquiátrico, donde moriría en 1942, olvidada de todos. De esta manera, de manera paulatina y sin estridencias, con un tono comedido y casi imperceptible asistimos al deslumbramiento y caída de la genialidad artística de una mujer desubicada en el mundo.

Pensar en esta cinta es hacerlo en una mujer, Yolande Moreau, y también en su capacidad para fascinarse en el personaje. Esta cinta fue la gran triunfadora en la pasada edición de los Premios César, obteniendo siete en total, incluyendo los de mejor película, actriz, guión, música, fotografía, dirección artística y vestuario. Una película para la delectación; bella, exquisita y profunda en su sencillez narrativa que gustará a todos aquellos amantes del cine artístico que sepan y quieran gozar de la lentitud, la delicadeza del drama íntimo, silencioso y, a fin de cuentas, para todos aquellos que quieran indagar en la delgada línea que separa la genialidad de la locura.

Ficha técnica:

T.O.: «Séraphine».

Director: Martin Provost.

Nacionalidad: Francia, Bélgica.

Duración: 126 minutos.

Fotografía: Laurent Brunet.

Música: Michael Galasso.

Intérpretes: Yolande Moreau (Séraphine), Ulrik Tukur (Wilhelm Uhde), Anne Bennent (Anne Marie), Geneviève Mnich (Sra. Duphot), Nico Rogner (Helmut Kollé), Adélaïde Leroux (Minouche), Serge Larivière (Duval), Françoise Lebrun (madre superiora).

Web oficial:

www.seraphine-lefilm.com/